

Bautismo. Año A

Lectio divina sobre Mt 3,13-17

El episodio del bautismo inaugura el ministerio público de Jesús: antes de que se presente a Israel con el evangelio del reino, Dios se presenta ante Israel como su Padre amante. En realidad, pues, la escena no dice quién es Jesús sino quién es Dios. Jesús debe vencer la resistencia del Bautista pues es él quien reconoce necesitar del bautismo de Jesús, toda una confesión de fe cristiana, poco verosímil en boca de Juan. En el diálogo se puede entrever el malestar de los primeros cristianos que, no pudiendo negar que Jesús fuera bautizado por Juan, interpretan el hecho como una acción meritoria de Jesús: cumple con ese rito penitencial como medio de realizar la voluntad divina; haciendo Jesús lo que Dios quiere, Dios lo quiere como a hijo predilecto. Antes de que Dios lo declare hijo amado, Jesús ha 'amado' el querer de Dios. Cumplir toda justicia es la vía para intimar con Dios. Quien busca hacer la voluntad de Dios en todo, *toda justicia*, no tardará en ser aceptado como hijo por el mismo Dios. No importa qué puedan pensar los demás, importa hacer lo que quiere de nosotros Dios.

En aquel tiempo, ¹³fue Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.

¹⁴Pero Juan intentaba disuadirlo, diciéndole:

-«Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?»

¹⁵Jesús le contestó:

-«Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere.»

Entonces Juan se lo permitió.

¹⁶Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. ¹⁷Y vino una voz del cielo que decía:

-«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El texto narra el bautismo de Jesús en dos breves escenas: en la primera, Jesús se encuentra con el Bautista y ha de vencer su resistencia a bautizarlo; en la segunda, Jesús es proclamado por Dios hijo predilecto. La brevedad del relato obliga a ser más cuidadosos con los pequeños detalles y hace más significativa la escasa información. No hay que pasar por alto que Jesús aún no ha presentado su evangelio: antes de hablar de Dios y su reino, Dios habla de él, su amado hijo. El evangelizador del reino de Dios es presentado por Dios Padre.

En la primera escena, Jesús es el protagonista indiscutible: él va al Jordán, él quiere hacerse bautizar, él logra convencer al Bautista. Nadie, ni el Bautista, ni nada, su predicación del juicio inminente, lo han llevado a pedir ser bautizado. Tiene, eso sí, sus razones: tiene que realizar lo que Dios quiere. Para Jesús el bautismo no es signo y camino de conversión personal; no se deja bautizar para alcanzar la justicia; bautizándose, la realiza. La justicia no dejar de ser malo, no es tampoco ser bueno, es hacer lo que Dios quiere.

También en la segunda escena Jesús tiene la iniciativa, pero no hasta el final: sale del agua, ve el cielo abierto y al Espíritu que desciende y se posa sobre él. Pero la voz celeste – voz paterna – cierra el episodio: quien quería cumplir todo lo que Dios quiere es, ni más ni menos, que hijo de Dios. Y no porque lo diga él, sino porque lo quiere, y con predilección, su Padre.

Alguna observación ulterior nos acerca al sentido del relato. El episodio, bien mirado, no se centra en el hecho, el bautismo de Jesús, sino en su consecuencia, la filiación divina. Sólo alude al hecho, dándolo por realizado: *apenas se bautizó Jesús...* Si se menciona la resistencia del Bautista es para dar ocasión a Jesús a declarar sus intenciones: no necesita ser bautizado, quiere ser *justo*.

Durante 'casi' todo el breve relato Jesús lleva la iniciativa. Es quien se empeña en ser bautizado y quien se deja bautizar; el bautismo es su decisión, consciente y buscada. Por eso es tanto más inesperada la voz que 'rompe' el cielo para hacerse oír: Dios identifica al bautizado como hijo predilecto y se identifica como Padre complacido. Al tiempo que sirve como presentación de Jesús, al inicio del evangelio, la escena es revelación inaugural de Dios, que se dice Padre de Jesús el galileo.

Por último, Jesús quiere – no necesita como Juan – ser bautizado para cumplir toda justicia. Dios reconoce inmediatamente al bautizado como hijo suyo. ¡Qué tendrá ese 'realizar la justicia entera', si de quien lo logra Dios se declara padre amante!.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

El bautismo de Jesús señala, históricamente, el inicio de la actuación pública de Jesús. Tuvo que ser para él una decisión importante y valiente: lo sacó del anonimato en el que vivía hasta entonces y le hizo pasar por uno más que, como todos los que acudían al Bautista, necesitaba del perdón de Dios. Juan predicaba la conversión a Dios apoyándose en el anuncio de un juicio inminente; requería a quien le oyera que tomara a Dios tan en serio en su vida

diaria, que no pudiera vivirla ya sin cambiarla radicalmente; ante las exigencias del Dios que se acercaba, no cabían excusas ni dilaciones: o se cambiaba de vida o se perdía toda esperanza de pasar el juicio; el bautismo era la prueba pública de la propia disposición a vivir de forma nueva: quien se bautizaba se reconocía necesitado de conversión y se comprometía públicamente a cambiar de conducta. Es más que lógico que Juan, reconociendo a Jesús, se resistiera a darle el bautismo; y no es del todo comprensible que Jesús insistiese en ser bautizado.

Como en tantas otras ocasiones el texto evangélico nos ofrece dos posibles vías de aplicación, que no se excluyen entre sí: podemos centrar nuestra contemplación en Jesús e intentar una aproximación más atenta a su persona y en lo que él nos aporta o, también, podemos vernos a nosotros mismos identificados con Jesús, como él bautizados e hijos de Dios y como él empeñarnos en hacer lo que Dios – *toda justicia* – para ser reconocidos por Dios como hijos amados

En cualquier de ambos casos, habrá que tener en cuenta que Jesús busca bautizarse (Mt 3,16) , antes de lanzarse al anuncio del reino (Mt 4,17). Antes de presentar el evangelio a las gentes en Galilea, Jesús ha sido presentado a las gentes en Galilea, por Dios en persona, como su hijo. Sólo hijos reconocidos deberían hablar de Dios Padre: el evangelio, para que sea fidedigno y eficaz, ha de ser proclamado por los hijos que Dios mismo ama como tales. ¿No estará aquí *una*, sino es que no *la*, causa de la incapacidad para evangelizar hoy en la que vive sumida nuestra iglesia? Si así fuera, también ahí está la solución: evangelizará como Dios manda quien haga lo que Dios quiere, porque quien hace lo que Dios manda logra ser su hijo predilecto. Como Jesús en Galilea, ni más ni menos.

En el relato de Mateo la figura del Bautista es marginal. Es Jesús quien quiere ser bautizado, va al Jordán en búsqueda del Bautista y lo convence, no porque tenga necesidad de conversión sino porque quiere cumplir lo que Dios ha dispuesto. La búsqueda, pues, de la justicia, solo ella y toda ella, es la primera tarea de los hijos de Dios; antes de hablar de la voluntad de Dios a los demás, hay que haberla realizado uno mismo. Cueste lo que cueste. Y a Jesús le ‘costó’ pasar públicamente como pecador; no era otra la señal que daban quienes se dejaban bautizar por Juan; esa era, precisamente, la razón por la que Juan no quería bautizar a Jesús. A los hijos de Dios no les importa qué piensan los hombres, incluso los mejores, sino que es lo que quiere Dios, su justicia.

Era ‘oficio’ del padre reconocer como propio al recién nacido ante familia y amigos; ese reconocimiento tenía validez legal. Recién bautizado, Jesús es reconocido hijo públicamente por Dios. No solo: es el hijo que le complace, el predilecto. ¿Qué ha hecho Jesús hasta ahora – en el relato de Mateo, para merecer tal reconocimiento? Nada más que buscar el bautismo para hacer el querer de Dios. Dios se ve ‘obligado’ a romper el cielo, mandar su Espíritu y dejar oír su propia voz, cuando un hombre está dispuesto a cumplir su voluntad. Se hace con el querer de Dios quien hace lo que Dios quiere. Ser hijo de Dios está, pues, al alcance del obediente. ¿A qué sirve un bautismo, ya recibido, si no va acompañado de la búsqueda de la justicia, esa que se realiza cumpliendo la voluntad de Dios? ¿Por qué empeñarse en bautizar, si luego los cristianos no empeñan en hacerse hijos de Dios?

Jesús no se dejó convencer por el Bautista, a quien no le faltan razones. Dejándose bautizar, Jesús hizo lo que necesitaba; pero lo hizo porque quería hacer la voluntad de Dios. Y así se convirtió en un hijo para su Dios. El bautizado no mira lo que debe hacer, sino por quién lo hace. No es importante lo que se lleva entre manos cuando se vive como cristiano, sino a quien se lleva en el corazón por ser hijo de Dios.

Dios rompió su silencio y el cielo y envió su propio Espíritu cuando se encontró con alguien, Jesús de Nazaret, que estaba dispuesto a hacer lo que Dios quiera. Si Dios no nos habla ya, si permanece cerrado en su silencio y en su cielo, si no percibimos su Espíritu sobre nosotros ni nos logramos sentir hijos suyos predilectos, ¿nos está fallando Dios Padre o le está faltando a Dios nuestra ‘justicia’? Convertir mi vida cristiana en búsqueda de la voluntad de Dios haría de mi Dios mi Padre, me convertiría en hijo suyo amado. ¡Tanto beneficio por tan poco esfuerzo!

Jesús, bautizado para cumplir con toda justicia, hizo hablar a Dios. Y el Dios que desde el cielo se dejó oír no tuvo palabras más que para su hijo obediente. ¿Por qué no hacer de mi vida cristiana una búsqueda de la justicia si de ello depende tener a Dios como padre amante? Hacer el querer de Dios me conseguiría, como a Jesús en Galilea, escuchar la voz de Dios, poseer su Espíritu, gozar de su paternidad. ¿Puede uno imaginarse mayor recompensa?

Hoy el evangelio es ‘buena noticia’ para quien lo quiera escuchar con el corazón. La suerte de Jesús, ser hijo amado de Dios, está, pues, a nuestro alcance, si nos decidimos a cumplir todo lo que El quiere de nosotros. Es cierto que Jesús era el hijo de Dios, aun antes de que Dios lo declarara en público; pero no es menos cierto que Dios, el Padre de Jesús, sigue estando dispuesto a reconocer públicamente como hijos a todo el que haga su voluntad en público. Como Jesús, todos nosotros hemos sido bautizados; un día recibimos el Espíritu de Dios y desde ese día Dios nos aceptó como hijos suyos; pero, a diferencia de Jesús, no nos hemos decidido todavía a hacer el querer del Padre y por eso mismo con tanta dificultad nos sabemos, y sentimos, hijos por El queridos.